



Erasmo Zarzuela Chambi
"China Supay"

Liberalla

Colecciones hemerográficas

Armar colecciones hemerográficas es uno de los grandes problemas para los bibliotecarios. Hace algunos años visitó la Feria 16 de Julio de la ciudad de El Alto. Me acerqué a uno de esos puestos que parecían ofrecer diarios viejos en venta, todos muy bien ordenados y pensé en la excesiva finura y delicadeza de ese orden al luego habían de ser vendidos como papel viejo. En éstas estaba cuando un niño le solicitó a la vendedora la biografía de Simón Bolívar. Muy solicita y poniendo a un lado la wawa que había estado amamantando, echando atrás la manta y dejando a buen recaudo un humeante plato de sopa en el que se deleitaba antes, ésta le preguntó su edad y el grado escolar y —acto seguido— se puso a buscar en una fila de suplementos escolares de la prensa. Tomó uno de ellos y le entregó al niño que se puso a leer y copiar partes de la biografía del libertario carequeño.

Concluido que fue el deber escolar, el suplemento volvió a su lugar, ubicado exactamente en la fila y la fecha correspondiente. Mientras el niño cancelaba 0.20 centavos por el servicio recibido —y paralelamente torcía la vista hacia un puesto de venta de helados—, se acercó un joven con pinta de universitario y solicitó información en un extraño lenguaje, que vino a ser el nombre de un paquete de computación. Con la misma solicitud, la señora volvió a preguntar el grado y la carrera universitaria que seguía el estudiante para luego replicar la efectiva búsqueda de información. La consulta valió lo mismo. Estaba yo mirando la escena con una envidia muy bibliotecaria cuando se acercó un señor que plidió el diario del día, mismo que le fue entregado, a la conclusión de su lectura, canceló la suma de 0.50 centavos de bolíviano. ¿La razón del precio diferenciado? Sencillo, la información actualizada cuesta más y eso, ¡cuálquier buen bibliotecario lo sabe!

Un desagravio a Óscar Alfaro

Por los años 40 del pasado siglo, mi querido padre era linotípista de la imprenta La Boliviana en Sucre. Cuenta que el propietario era un liberal que editaba el periódico opositor La Prensa, el que se vendía poco, mal y nunca. Esta suerte cambió el día en que las iglesias de la Ciudad Blanca amanecieron con manchones de alquitrán en sus puertas y las campanas locaron a repique convocando a una gran procesión en desagravio a Cristo. Mientras la población acudía al llamado de la curia, se preguntaba cuál había sido el agravio sufrido por El Salvador. Las beatas rezaban de rodillas y anuncianaban el fin del mundo, sea cual fuese la injuria recibida por Jesús, el Cristo. Algunos más curiosos armaban sendas discusiones sobre las profecías apocalípticas y las madres pensaban en dar la cena a sus vástagos antes que llegara el fin del mundo; ¡no sea que se vayan con el estómago vacío! De tal suerte que la procesión fue la marcha más grande que la ciudad de los Cuatro Nombres viviera hasta entonces. Entre los pocos transeúntes que miraban pasar tan singular y dolorido exodo, se encontraban los poetas tarifeños Octavio Campero Echazú y Óscar Alfaro. Quienes visitaban la insignia ciudad para recibir los accesos lo hacían premiado.

Cuenta mi padre que mientras se realizaba el trájin de desagravio, un astuto muchacho logró conseguir una copia del oprobioso papel que había quedado a salvo del brochazo de alquitrán. Ni cortos ni perezosos, los periodistas de La Prensa, editaron rápidamente un número especial que, sumándose a la movida ciudadana —como todo buen diario lo haría— publicó, in extenso, el motivo del conflicto: una poesía titulada Camarada Cristo, firmada por un tal Hugo La Mar. ¡Nunca La Prensa se vendió tanto! Ante la mirada enigmática del dueño de la imprenta, los sucrenses hacían colas y colas para comprarlo e "informarse del asunto". Mi padre cuenta que fue urgido a re-editar el diario por varias veces ese mismo día. El poema es un bello canto al Cristo pobre y una valiente denuncia contra los excesos de la Iglesia católica en general, y del Vaticano en particular. Su autor, Óscar Alfaro, quien después de recibir el premio como poeta, se fue a un improvisado taller a trabajar con sus camaradas revolucionarios. Imprimieron la poesía y sólo los tejados y las callejuelas de Sucre fueron testigos del paso clandestino de un grupo de rebeldes, cargados de papel y engrudo. Como a todo valiente, y una vez descubierta la curia el verdadero nombre del firmante, Óscar Alfaro fue echado del reino de las páginas de los diarios católicos. Solamente cuando recibió el Premio Nacional de Cuento algunos de sus poemas y cuentos fueron publicados en tan notables medios de comunicación. ¡Faltaba más!

Varias veces le he pedido a mi padre me cuente esta historia; por su sello indomable, pero también porque, revivida la historia, revive también nuestro sueño de organizar una marcha, una gran marcha de desagravio a Óscar Alfaro.



El 12 de febrero se presentó el poemario "Cílico" de Marcelo Meneses Vargas. El escritor Benjamín Chávez, comentando la obra dijo:

Leo este libro como un paseo —cíclico como quiere su título— por la querencia, ese terreno, ese pedazo de alma, ese recodo de la vida al que siempre se vuelve después de algún tiempo y que tiene las más diversas formas, una de ellas, qué duda cabe, la esquina. Marcelo Meneses habla una comarca cuyos bordes se expanden como las ondas de agua y no tienen otro signo que la generosidad.

Cílico es, además un paseo, una ventana para asomarse a ciertas regiones y visiones frecuentadas por el autor que no siempre podemos ver quienes tenemos el privilegio de su amistad por la naturaleza misma de la poesía toda, es decir, lo intimamente misterioso.

